

## *La Europa de la vergüenza*

MANUEL MUNIZ VILLA\*

**D**esde hace ya más de medio siglo Europa vive sumida en una profunda vergüenza sobre sí misma. Por una parte los europeos nos declaramos orgullosos de serlo, pero por otra desatendemos las obligaciones que ello conlleva. Esta vergüenza tiene su origen en los grandes fracasos europeos del siglo XX. Las dos guerras mundiales, el proceso descolonizador y la cicatriz del telón de acero aún pesan sobre nuestra conciencia; y en ocasiones nos impide recordar que hace tan sólo cien años pisar suelo europeo era llegar al centro del mundo. Parece material tan sólo de cine las imágenes de Londres recibiendo barcos de la compañía de las Indias o París celebrando los juegos olímpicos de 1900. Se olvida también que en la Gran Guerra se decidió el futuro no sólo de Europa sino también el de África y Asia. Era Europa hace menos de un siglo el centro de todo aquello que tenía importancia; de la política, de la ciencia y de la cultura.

Y sin embargo la vergüenza emana hoy de todas partes. Desde los sectores más intelectuales y progresistas se lanzan proclamas relativistas que más que ayudar al propio relativismo tienen como objetivo dañar y debilitar nuestro sistema de valores. Sucede muy a menudo que en determinados foros los participantes defienden, alegando derechos de independencia o de autodeterminación o cualquier otro, que cada cual haga lo que desee. Cada cual y cada país. Según este criterio la pretensión de promover la democracia en países africanos es una pretensión imperialista. Lo mismo sucede con la intención de internacionalizar los derechos humanos. Subyace en todos estos planteamientos la creencia, el palpitar, de que esas ideas nacen en Europa y en Europa deben permanecer. Tan sólo serán exportables si los destinatarios las solicitan voluntariamente. Cualquier tipo de imposición o de presión para que otros países adopten nuestra forma de entender el mundo hace brotar a toda velocidad voces que nos recuerdan que en épocas anteriores esas acciones llevaron a abusos. Que Europa como exportador de cultura fue, tan solo, un gran fracaso.

---

\* Socio de Muñiz Bernuy Abogados. Presidente del Partido Europeo Liberal.

Y sin embargo, aquellos que se declaran liberales, y en aras del liberalismo atacan la posibilidad de que el mundo se europeíce, no hacen más que hacerle un muy flaco favor al liberalismo. Aquellos que desde la libertad que otorga nuestro sistema se pronuncian en su contra y pretenden hacer de él algo exclusivamente nuestro, limitan la posibilidad de que otros pueblos gocen de su misma libertad. Se hace uso, en definitiva, de los privilegios que otorga Europa, para impedir su difusión.

Esta corriente de pensamiento encontró importantes apoyos en el evidente error de la guerra de Irak. Según sus defensores, no sólo era ilegal la guerra sino que además es ilegítima la pretensión de establecer una democracia en Oriente Medio. Existe entre líneas una reivindicación aislacionista, digna de la América de principios de siglo XX, que sugiere dejar esas cuestiones a los propios árabes y no pretender propiciar el cambio. Puede uno discrepar con la idea de que la democracia puede surgir de una guerra y una ocupación. Pero se cruza la frontera de lo razonable cuando se alega que no es deseable extender la democracia.

Por todos estos motivos, Europa vive con la cabeza gacha. No asumimos nuestras obligaciones como europeos y estamos abandonando la batalla internacional con el rabo entre las piernas. Desde hace mucho tiempo desatendemos la calidad e importancia de nuestras fuerzas armadas en pos de una mayor importancia diplomática que tampoco se ha dado. Poco a poco Europa desaparece como catalizador de movimientos sociales y se convierte en un espectador pasivo de lo que ocurre en Irak, o en Chechenia, o en Sudán, o Irán, o Corea, o Palestina. ¿Qué peso tenemos en esas regiones? En el mejor de los casos, como el de Irán, tan sólo somos los teloneros de otras potencias que tras nuestros fracasos entran a defender sus propios intereses. ¿Qué ha hecho Europa en Palestina durante los últimos diez años? No hay más que visitas de nuestro Alto Representante para la Política Exterior sin ningún contenido. De todos es sabido que no es la opinión de Europa la que tiene peso en esa región. ¿Qué importancia tuvo en su momento la opinión de los países de la Unión con respecto a la guerra de Irak? La expresamos en la ONU e incluso en su Consejo de Seguridad y fue ignorada. No sólo por los agresores sino también por el propio Irak. Llegado un punto Europa se dejó a un lado y la real politik empezó a actuar.

EEUU ha llenado de forma evidente un espacio que nos perteneció durante muchos siglos. En la ONU, en la Organización Mundial de Comercio, en el Banco Mundial, en el Fondo Monetario Internacional, en la Organización Mundial de la Salud o en la Alianza Atlántica, el único país que es capaz de negociar con dureza e imponer sus criterios es, a día de hoy, América. Desde hace ya más de medio siglo los designios del mundo occidental son aquellos que decide Estados Unidos. Y desde la caída del telón hasta esta fecha se puede hablar con todo rigor de un mundo unipolar.

Muchos expertos hablan de una división de funciones entre Europa y EEUU. Se dice que Europa se ocupa del “soft policy” y de la diplomacia mientras que EEUU se limita más al “hard policy” y a la política militar. Esto puede ser así, pero la realidad es que en toda relación política aquel que tiene la fuerza suele

tener también la diplomacia. La segunda es sustituible por la primera pero rara vez a la inversa. Este es el principal motivo por el que a día de hoy la voz de Europa suena con tan poca fuerza.

Esta tendencia debe invertirse lo antes posible. Debe Europa recuperar la memoria de lo que ha sido y con ello la perspectiva de lo que puede ser. Desde la política debe promoverse el orgullo de ser europeo. Hace mucho tiempo que desde el atril de Europa no se recuerda a los europeos que viven en la tierra de Mozart o de Hegel o de Shakespeare o de Napoleón o de Da Vinci. Es aquí donde nacen y viven los artistas y creadores más importantes de la historia. No sólo eso, es Europa la cuna de todas las vanguardias y de todas las ideas que hoy defienden tantos otros. Aquí nace la democracia, la libertad, la igualdad. Es en Europa donde, después de siglos de guerras y de opresión, se redactan las primeras constituciones y la primera declaración de derechos humanos. Es por lo tanto el pueblo europeo el primero en dar el paso hacia la libertad. Se emancipa primero de sí mismo y de la ignorancia, para después indicar el camino a muchas otras naciones. Somos por lo tanto los herederos de siglos de cultura y de progreso. Dice George Steiner que los europeos vivimos "oprimidos por la historia". Rodeados de la grandeza de generaciones anteriores que no nos permite avanzar e idear nuevos horizontes. Es esencial girar la vista de Europa hacia delante. Comprender nuestra herencia y plantear nuevos retos a la Humanidad. Desde el orgullo de sabernos herederos de lo más excelso que el Hombre ha producido.

El orgullo y el honor de llamarnos europeos debemos defenderlo en nuestra vida cotidiana y también en nuestra vida política. Debe Europa sentarse a las mesas internacionales de negociación con la cabeza bien alta. Debemos exigir, sin vergüenza alguna, que se respetan nuestras ideas. Europa no puede dialogar con países en los que se tolera la mutilación genital femenina. O con naciones en las que se lapida a mujeres por delitos que aquí no acarrearán pena alguna. Europa no puede negociar con regímenes dictatoriales que violan repetidamente los derechos humanos. Hay momentos en los que hay que tomar partido. En los que merece la pena luchar si así ganan nuestras ideas. Europa no puede ni debe ver cómo su mundo, aquel que en épocas anteriores ayudó a forjar, cae en las manos de unos pocos que hacen con él justo lo contrario de lo que queremos. Es nuestro deber, por lo tanto, llevar a cabo una política exterior que europeíce el mundo. Y sin ningún tipo de vergüenza reconocer que preferiríamos ver como el África subsahariana se vuelve democrática y tolerante con sus minorías. O defender un Irán libre y sin la opresión de la ley coránica. O apoyar los movimientos democratizadores en Rusia. Los europeos sabemos el mundo que queremos, sólo nos lo tenemos que recordar y, sobre todo, lo tenemos que intentar.

Europa debe aprender la dura lección de que es necesario sacrificar algo para conseguir otras cosas. Durante mucho tiempo hemos jugado a no cuidar nuestras fuerzas armadas y a ser la parte débil en todas las negociaciones. Siempre ha sido Europa el socio negociador y claudicador. Hace falta con toda urgencia que Europa recupere sus fuerzas armadas. Hace falta que a través de nuestro peso militar recuperemos nuestro peso diplomático. Y esto se consigue tan sólo invirtiendo más en esas partidas y menos en otras. La Europa de la no

defensa debe dar paso a la Europa de la defensa, de la fortaleza. Sólo así volveremos al lugar que nos corresponde.

Lo principal en todo proceso político es identificar un problema. Tan sólo así puede procederse a resolverlo. El problema de la vergüenza de Europa ha sido aquí enunciado. Se han sugerido unas posibles soluciones que no son, sin embargo, las únicas. Lo importante es abrir los ojos a los europeos y hacerles ver que no por sentirnos orgullosos de nuestro origen y ávidos de nuestro destino somos menos respetuosos con lo ajeno. Lo ajeno tendrá cosas respetables y otras no; igual que sucede con nuestra propia cultura. Lo esencial es estar dispuesto a revisarla y a intentar difundir lo positivo.

Opino que no existe nada que esté en Europa que no pueda ser resuelto por aquello que está bien. Opino que tenemos la suficiente fuerza aún como para aprender de los errores pasados y recuperar la vanguardia del mundo. Opino que nos faltan líderes capaces de motivar a la gente y de explicar a los europeos quiénes son y por qué están ahí. Opino, en definitiva, que nos merecemos una Europa más unida y más fuerte.

Una Europa capaz de defender sus ideas y capaz de construir un mundo más europeo y mejor.